

## LECCION XXVII.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Las cuatro Témoras del Adviento.—Antigüedad de las cuatro Témoras.—Sabiduría y bondad de la Iglesia.—Obras satisfactorias opuestas á las tres grandes concupiscencias.—Espíritu de ayuno.—Crimen de los herejes y de los impíos.—Razon por que se han establecido las cuatro Témoras y las vigiliass.

I. Orígen de las cuatro Témoras.—En la tercera semana de Adviento hay las Témoras de otoño: las cuatro Témoras son tres días de ayuno que se observan al fin de cada estacion, y si la antigüedad de una práctica que por otra parte es saludable puede contribuir á hacerla venerable, debemos sentir gran respeto por aquellos dias consagrados á la penitencia, y debemos observarlos con religiosa exactitud. La institucion de las Témoras data de los primeros siglos de la Iglesia <sup>1</sup>, y la misma Sinagoga nos ofrece vestigios de ellas, pues el ayuno de las estaciones de verano, del otoño y del invierno está claramente indicado por el profeta Zacarias <sup>2</sup>, y la Esposa de Jesucristo, heredera de todas las santas prácticas lo mismo que de todas las verdades antiguas, ha conservado, santificado y perfeccionado la costumbre de ayunar al fin de las cuatro estaciones.

Por poco que nos demos la pena de estudiar su conducta, la hallaremos hija de una sabiduría profunda, es decir, de un grande conocimiento de la condicion y del carácter del hombre aquí en la tierra, y de un ardoroso celo por su felicidad.

En efecto, ¿qué es el hombre? Un rey caído, un ser degradado; así nos lo dice la indefinible mezcla de grandeza y de humillacion que sentimos en nosotros mismos; en nosotros observamos continuamente á dos hombres frente uno de otro, con las armas en la mano y opuestos en ideas, en sentimientos y en deseos: el uno, noble,

<sup>1</sup> Baron. ann. 57, n. 126 et 127; S. Isid. *Offic.* c. 37 et 38; Raban. Maur. *Ins- tit.* lib. II, 19, etc.

<sup>2</sup> Zach. viii, 19

aspira á todo cuanto existe noble y virtuoso; el otro, malvado, tiende con ira hácia cuanto hay vil y criminal. ¿Cuál de los dos conseguirá la victoria? Nosotros debemos decirlo; y si deseamos que el bueno domine al malo, que el espíritu triunfe de la carne, es preciso debilitar la carne, robustecer el alma; esto nos dice la razon. La gloria y la felicidad son el premio de la victoria del espíritu sobre la carne, al paso que la vergüenza, el remordimiento y la desgracia en el tiempo y en la eternidad son las inevitables consecuencias del imperio de los sentidos sobre el espíritu.

¿Qué es el hombre? repetimos. Un culpable; así nos lo gritan todos los siglos y todos los pueblos; así nos lo dicen los sacrificios, las expiaciones de todo género que se encuentran por todas partes, y tambien las innumerables miserias que nos rodean. Obra de un Dios bueno, el hombre es desgraciado solo porque está degradado, y está degradado solo porque es culpable; siendo culpables, estamos obligados á hacer penitencia, nos dice la voz de la razon y la voz de la fe, y asimismo es. Todas las páginas del Antiguo Testamento recuerdan la necesidad de la penitencia, y el Evangelio confirma esta ley inmutable; ¡cuántas veces dijo el Salvador del mundo que la penitencia era la condicion indispensable de salvacion! ¿Acaso no salieron de sus labios estas palabras: *Si no hiciéreis penitencia pereceréis todos de la misma manera* <sup>1</sup>? ¿Por ventura la Iglesia, órgano infalible del Hombre-Dios, no añade que la vida del cristiano debe ser una continua penitencia <sup>2</sup>?

¿Qué es el hombre? Un ser llamado á imitar á un modelo divino, cuya vida fué una continua penitencia; de modo que, como hombres, como pecadores y como cristianos, estamos obligados á hacer penitencia; esta es para nosotros de derecho natural y de derecho divino, es el único medio de volver á ocupar el trono que perdimos, de volver al sendero de que nos separamos, y finalmente de imitar al augusto modelo al que debemos asemejarnos so pena de muerte.

¿Cómo debe hacerse esta penitencia? ¿en qué tiempo? ¿Qué obras debemos inponernos? Si cada uno pudiese contestar á su modo á estas preguntas, resultarian primeramente una extraña confusion de ideas, y despues prácticas absurdas, ridiculas y quizás monstruosas; y sino interrogad la historia: durante el Gentilismo, los sacri-

<sup>1</sup> Luc. xiii, 3.

<sup>2</sup> Conc. Trid. sess. XIV, cap. 9.

ficios humanos; en los primeros tiempos de la Iglesia, los excesos de los Donatistas y de los Gnósticos; en la edad media y despues de la Reforma las increíbles prácticas de los Flagelantes, de los Frailotes, de los Anabaptistas, de los Mimos barbudos, etc., etc., ¿no son acaso otros tantos monumentos de esta triste verdad? Luego veréis caer en desuso el mismo principio de la penitencia, pues tal es el hombre; su ligereza, su amor propio, su afición á las cosas temporales, los atractivos del placer, su horror por cuanto contraria sus inclinaciones; todo esto reunido relegará el precepto de la penitencia á la region de la luna; y si no llega á poner en tela de juicio su verdad, hallará en cambio mil medios para eludir su cumplimiento, viniendo á ser como si no existiese.

El Criador del hombre conocia muy bien su carácter para no tener en cuenta semejantes inconvenientes, y esta es la causa por que el Salvador encargó á su Iglesia que estableciese el precepto de la penitencia, que fijase su práctica, y que dijese al hombre con infalible autoridad: El divino precepto de la penitencia obliga en tal circunstancia; para cumplirlo os entregaréis á tales prácticas. Palabras preciosas, puesto que ponen un freno á la relajacion, que tranquilizan las almas timoratas enseñándoles lo que Dios exige de ellas, y que tienden á librar al hombre de la terrible desgracia de caer en manos de su Juez sin haber hecho la menor cosa para expiar una larga vida de inutilidades, de iniquidades quizás.

II. Sabiduría de la Iglesia. — Ved ahora con qué habilidad la Esposa de Jesucristo ha puesto el dedo en la llaga del enfermo cuya curacion le está confiada, habilidad que os parecerá patente si meditais sobre la naturaleza de las obras satisfactorias que la Iglesia nos prescribe. Semejante al viajero dejado por muerto en el camino de Jericó, el hombre recibió tres grandes heridas: el amor desordenado de las riquezas, el amor desordenado de los honores, y el amor desordenado de los placeres. Estas son sus heridas, heridas mortales, heridas gangrenadas, que en su idioma profundamente filosófico el apóstol san Juan llama las tres grandes concupiscencias.

¿Cuál es el remedio de estos males, causas fatales de las muchas lágrimas que el hombre vierte, origen de todos los crímenes que conmueven el mundo, crímenes que á veces son tales que hacen ruborizar de llevar el nombre de hombre? Buscadlo, buscadlo; ínterin lo hallais, nosotros los católicos decimos: El remedio de la so-

berbia es la humildad, el de la avaricia la largueza, el de la lujuria la mortificacion. Hombres volubles que os sonreís con desprecio al oír los preceptos de la Iglesia, hablad, ¿sabeis otros remedios? El hombre está enfermo; así lo sabeis, así lo pregonais, por ello prorumpís en amargas quejas, y puesto que os envaneceís de saber mas que el Cristianismo, poned manos á la obra, curad á la humanidad; ya os miro llegar con los labios rebosando de pomposas máximas con que la ensordeceís, con las manos llenas de innumerables leyes que arrojais sobre ella como una red para hacer vuestra presa; y luego detrás de vosotros vienen ejércitos de hombres armados, cadenas, calabozos, y por fin el verdugo. ¡Ah! conocida nos es ya la virtud de estos remedios, que no han hecho mas que irritar el mal, exasperar al enfermo, y hacer su curacion mil veces mas difícil.

La Iglesia católica es mas ilustrada; con su dulce voz de madre dice al hombre: «Hijo mio, desde la falta de tu padre hay dos hombres en tí; el uno, que te arrastra con toda su fuerza hácia la tierra y hácia los goces groseros, tiende á rebajarte hasta el nivel del bruto; el otro, que aspira incessantemente á sustraerte al imperio de los sentidos, te eleva hácia Dios y te hace desear todo lo bueno, todo lo noble, todo lo grande, todo lo que es digno de tí, es decir, una gloria inmortal y una felicidad infinita. Opuestos de intenciones, de deseos y de sentimientos, esos dos hombres, como bien sabes, se entregan en tí á un combate sin cesar renaciéndote, á un combate cuyo primer teatro es tu cuna, y el último tu lecho de muerte. Por esto es que el Espíritu Santo te llama un soldado, y tu vida una milicia<sup>1</sup>.

«Ya ves, hijo mio, que el hombre bueno que se halla en tí, debe incessantemente estar sobre sí y trabajar sin descanso en frustrar los ardides, en parar los golpes y en romper las mortíferas armas de su adversario; á este precio obtendrás la victoria y la felicidad en este mundo y en el otro. Ahora bien, si tu enemigo trata de vencer te atizando en tu corazon el amor de los placeres sensuales, mortifica tus sentidos y contéstale con el ayuno; si intenta deslumbrarte por el brillo seductor de los bienes terrenos, y diciéndote: Felices los que poseen, vuelve la cabeza para no ver la vanidad, contéstale: Felices aquellos cuya riqueza está en el Señor, y haz limosna; si finalmente, redoblando sus astucias, pretende desper-

<sup>1</sup> Job, vii, 1.

«tar en tí la fatal soberbia, que de ángeles hizo en un instante demonios horribles, arrójate á los piés de tu Dios, confiésale tu nada y tu dependencia, y ora.

«El ayuno, la limosna y la oracion son, hijo mio, las tres armas de que debes servirte, los tres remedios que nos ha prescrito el «Médico celestial<sup>1</sup>, y cuyo tiempo y modo de usarlos te indico yo.»

Y ahora, si existe alguno en la tierra que no sea hijo de Adán ni heredero de su corrupcion, puede dispensarse de obedecer á tan saludables prescripciones; pues su naturaleza no es la nuestra; las leyes de la humanidad no han sido hechas para él; pero si todos, sin excepcion, observamos en nosotros esa ley de los miembros que repugna á la ley del espíritu; si todos sentimos mas ó menos el aguijon de la carne, cuyo dolor experimentaba el mismo san Pablo arrobado al tercer cielo, ¿cómo es posible que despreciemos las sagradas armas por medio de las cuales los Santos vencieron, y que rechacemos los únicos remedios con que podemos alcanzar nuestra curacion?

Tal es, pues, la sabiduría de la Iglesia en las obras de penitencia que nos prescribe; atacando á la vez nuestras tres grandes pasiones, jamás separa las tres obras que á ellas se oponen, el ayuno, la limosna y la oracion, siendo de notar que el beneficio que de las mismas resulta no nos es personal, sino que se extiende al prójimo, pues segun la intencion de nuestra tierna Madre, uno de los motivos de ayuno es privarnos de una porcion de nuestros alimentos para socorrer á los pobres; así es como, en el Cristianismo practicado segun el espíritu del Evangelio, cada dia de ayuno es un dia de abnegacion para el rico y de consuelo para el pobre; así es como el Catolicismo es por excelencia la Religion de la humanidad y una ley de amor; así es como la Religion de Jesucristo no solo induce al hombre á dar su supérfluo á los que carecen de lo necesario, sino que exige un sacrificio mas perfecto y una especie de inmolacion de sí mismo en favor de los desgraciados, queriendo que sus discípulos tomen cada dia de ayuno parte de su propia subsistencia para alimentar al que tiene hambre.

<sup>1</sup> Hæc tria remediorum genera spiritualiter commendavit nobis cœlestis Medicus, eleemosynam scilicet et jejunium et orationem, quibus tanquam medicinalibus antidotis possemus inveterata mala curare, præsentanea pellere, et servando salutem, futura cavere. (S. Aug. *Serm. in vigil. Pentecost.*)

La Iglesia renueva varias veces al año este voluntario sacrificio, y lo santifica con el precepto del amor divino, sin el cual toda virtud es imperfecta, y todo sacrificio interesado. Con lo dicho puede verse cuál es el verdadero espíritu de ayuno segun las intenciones de la Iglesia; ayunar de otro modo, es decir, ayunar al salir el sol para hacer una comida mas suntuosa en medio del dia, ayunar absteniéndose de la carne de los animales para sustituir á ella con igual lujo la de los pescados, es ayunar á imitacion de Epicuro; ayunar y no unir el ayuno á la limosna, es en cierto modo robar al pobre la economía de una comida; es corromper el precepto en su sentido mas sublime y ofrecer un motivo de escándalo muy real por desgracia á la irrision de los impíos<sup>1</sup>.

Sin embargo, los herejes del siglo xvi y los filósofos del xviii no fueron menos culpables al acusar al Catolicismo de los abusos que reprueba, y sino véase lo que consiguieron sublevando á sus discípulos contra el precepto de ayuno y de abstinencia; quitar á los pecadores uno de los medios mas eficaces de arrepentimiento; á la virtud, uno de sus mejores apoyos; á la abnegacion social, uno de sus mas frecuentes ejercicios: pusieron al hombre en contradiccion con la moral universal, pues todos los pueblos, sin exceptuar uno, han ayunado, en cuanto han creído al hombre responsable de sus obras ante Dios, y obligado á dar satisfaccion de sus ofensas<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> No se crea que sea esto una interpretacion arbitraria del precepto del ayuno, sino que es la formal intencion de la Iglesia: «En los dias de ayuno, dicen los sagrados cánones, es obligacion hacer limosnas, debiendo cada uno dar á los pobres el manjar ó la bebida que hubiese él mismo consumido, si no hubiera ayunado; el ayuno sin vigiliass, sin oraciones, sin limosnas, es casi de ningun valor. *Diebus jejunii eleemosyna faciendâ est, vel cibum et potum quo quisque uti deberet, si non jejunaret, pauperibus eroget. Penè non valet jejunium quod orationes, vigilia et eleemosynæ non commendant.*» (Ex Capitular. Theodulph. Aurelian. episc. ap. 797, c. 34 et 38).

Oigamos además á san Leon: «¿Qué puede haber mas eficaz ni mas útil que el ayuno para desarmar al enemigo de la salvacion, para domar las pasiones y para resistir á las seducciones del vicio? El ayuno es el alimento de la virtud; inspira buenos sentimientos y santos deseos; impone silencio á los capetitos carnales y renueva al hombre espiritual. Sin embargo, como el solo ayuno no basta para mantener el vigor del alma, nuestra abstinencia, para ser agradable á Dios, debè ir acompañada de obras de caridad, dándose á la virtud cuanto se quita á la sensualidad, y convirtiéndose nuestra abstinencia en alimento del pobre. (*Serm. 11 de Jejun. 10 mens.*)»

<sup>2</sup> Véase á Jauffret, *Culto público*, pág. 305.

III. Razon de las cuatro Témporas y de las vigilijs. — Así pues, la Iglesia católica ha procedido con gran sabiduría al imponernos la obligacion general de ayunar, y no ha obrado con menos ciencia al fijar el cumplimiento de este precepto al fin de las cuatro estaciones. En efecto, las Témporas fueron establecidas: 1.º para pedir perdon á Dios de las faltas cometidas durante la estacion que acaba de transcurrir; 2.º para dar gracias á Dios por los favores que nos ha acordado; 3.º para atraer sobre las ordenaciones las gracias del Espíritu Santo, y 4.º para fortalecernos y contribuir á que pasemos mas cristianamente la estacion que va á empezar.

1.º Las Témporas fueron establecidas para pedir perdon á Dios de las faltas cometidas durante la estacion que acaba de transcurrir. ¡Ay! cada estacion, al variar nuestros placeres, puede decirse que no hace mas que variar nuestros pecados; la primavera, que debería ser para nosotros la época de una resurreccion á la gracia, á la piedad y al fervor, nos distrae, y nos absorbe en la idea de empresas temporales, y nos aparta de nuestro fin, en vez de acercarnos mas á él; la primavera pasa sin que ni una sola vez unamos nuestro corazon y nuestra voz á la de la naturaleza entera para dar gracias á Dios, quien con el renacimiento de todas las cosas provee á nuestro sustento y nos presenta la imágen de la resurreccion futura.

El estío excita el ardor de nuestras pasiones; durante sus hermosos dias el rico emprende viajes, y se entrega á placeres con harta frecuencia criminales; el campesino viola con su trabajo los dias consagrados al Señor, siendo el corazon de ambos insensible á los variados presentes que nos hace el Criador. En otoño, el avaro amontona en sus graneros los bienes del padre de familia, sin que asome á sus labios ni una sola bendicion por el Dios que ha fertilizado sus campos, sus viñas y sus praderas. El invierno es testigo de los suntuosos banquetes, de los bailes, de los espectáculos, y tambien de la miseria y de las lágrimas del pobre que tira de hambre y de frio; durante sus rigores reina en toda su fuerza el egoismo duro é implacable, y si Dios se ofende algunas veces de las quejas y murmullos del pobre, se enoja mucho mas por la cruel insensibilidad del rico.

¿Cuál de entre nosotros, si descendemos al fondo de nuestra conciencia, no hallará el roedor gusano de un remordimiento? ¿Cuál es la estacion que hemos pasado cristianamente? Digo mal, ¿cuál es la en que no hemos abusado de los beneficios de Dios? Y decid-

me, ¿hacemos por ello penitencia? No, jamás nos ha venido semejante idea; luego la Iglesia ha obrado con acierto al recordarnos esta obligacion, al prescribirnos las obras, al determinarnos los dias en que debemos cumplirla; á no ser por ella, dejaríamos acumular nuestras deudas, y llegaríamos, deudores insolventes, á las puertas de la eternidad sin mas recomendacion cerca del supremo Juez que una vida de iniquidades.

2.º Las Témporas fueron establecidas para dar gracias á Dios por los favores que nos ha acordado durante la estacion que acaba de transcurrir. Los beneficios de que nos colma nuestro Padre celestial en las varias estaciones son numerosos y distintos; cada una nos presenta su particular tributo, y su sucesion sujeta á nuestro uso á la naturaleza entera; ¡pues bien! por tres meses de constantes liberalidades, ¿creéis que sean mucho tres dias de oraciones y de buenas obras? El corazon que no puede con el peso de la gratitud es muy digno de lástima; añádase á esto la consideracion de que todas nuestras acciones de gracias redundan en nuestro beneficio, pues así como la ingratitud es un ardoroso viento que seca el manantial de las gracias, el reconocimiento abre la mano del bienhechor.

3.º Para atraer sobre las ordenaciones las gracias del Espíritu Santo. No hay sociedad sin Religion, Religion sin sacerdotes, ni sacerdotes útiles á la Religion y á la sociedad sin las virtudes de su santo estado; luego aun cuando la Iglesia hubiese tenido esta sola razon para excitar á todos sus hijos á la oracion, al ayuno, á la limosna durante las Témporas, ¿creéis que su mandamiento seria infundado? ¿No estamos interesados todos en tener buenos ministros? ¿Acaso no dependen en gran parte de sus ejemplos y lecciones nuestra virtud, la paz de las familias, la felicidad del mundo? ¿no fueron establecidos por el Señor para ser en Israel la salvacion y la ruina de muchos?

Durante el sábado de las Témporas la Iglesia multiplica sus oraciones; antiguamente se rezaban en la misa doce lecciones, mas su número está ahora reducido á cinco. La Iglesia quiere ofrecer á sus hijos útiles asuntos de meditacion sobre los beneficios de Dios, y exhortarles por el órgano del Profeta á solicitar con mas fervor las bendiciones del cielo sobre los que deben recibir las órdenes sagradas<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Raban. *Instit.* lib. II, c. 24.

4.º Para fortalecernos y contribuir á que pasemos mas cristianamente la estacion que va á empezar. Es útil, y mas que útil necesario, al viajero que recorre una senda penosa descansar de tiempo en tiempo; es útil, y mas que útil necesario, al soldado que está en campaña tener algunos dias de tregua para curar sus heridas ó para reparar sus armas, y bajo este doble aspecto las Témporas son útiles, y mas que útiles necesarias, al cristiano, que no es mas que un viajero y un soldado á la vez; viajero, el camino de la vida no está exento para él ni de peligros ni de fatiga, como sabemos muy bien; su alma necesita tomar aliento, y lo toma acercándose á Dios por la oracion y la mortificacion de la carne. Soldado, en la lucha que el hombre sostiene desde la cuna al sepulcro, recibe por desgracia mas de una herida; su estado necesita remedios, y tambien los halla en la oracion y en el ayuno. Robustecido, curado por medio de tan saludables prácticas, puede lanzarse de nuevo al combate y continuar su camino con mayor confianza; elevados sus pensamientos mas allá de la tierra, purificadas y ennoblecidas sus afecciones, el trabajo le parece mas meritorio, y la vida mas dulce; la sociedad gana en ello buenos ejemplos, y por consiguiente felicidad y reposo.

Con el mismo objeto de hacernos mejores y mas felices, la Iglesia ha establecido las vigiliass ó visperas de las grandes fiestas; antiguamente los fieles pasaban en la casa de Dios la noche que precedia á nuestras festividades, y de aquí el nombre de vispera; ahora se llama vigilia ó vispera todo el dia que precede á una solemnidad, y durante él se observa la abstinencia y el ayuno. Las vigiliass son en número de cinco: la de Navidad, la de Pascua, la de Pentecostes, la de la Asuncion y la de Todos los Santos; en algunas diócesis la fiesta de san Pedro y de san Pablo va tambien precedida de una vigilia.

¿Cómo no admirar la solicitud con que la Iglesia prepara á sus hijos para las grandes fiestas de la Religion? La oracion, el ayuno, las obras de caridad, tales son los medios que emplea á fin de debilitar en nosotros la vida de los sentidos, y dar á nuestra alma el vigor, la pureza, los santos deseos necesarios para la mas abundante efusion de las gracias divinas que se verifica en las solemnnes festividades. La sola palabra vigilia encierra una grande instruccion; el tiempo es la vigilia de la eternidad, nuestra vida es un dia de ayuno, de oraciones y de trabajos, y la eternidad la fiesta que espera-

mos. Si nuestra edad nos obliga al ayuno, cumplámoslo fielmente, y en caso de que nos hallemos dispensados de esta ley, impongámonos la obligacion de dirigir á Dios, la vispera de las grandes festividades, oraciones mas fervientes, de examinar nuestra conciencia y de formar santas resoluciones <sup>1</sup>.

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber establecido las cuatro Témporas; hacedme la gracia de que penetre el espíritu de tan saludable institucion.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *uniré la limosna al ayuno y á la oracion.*

<sup>1</sup> Véase á Tom. *Tratado del ayuno*, parte I, 18; parte III, c. 14.